

ALESSANDRO SANTONI*

MODELOS Y ANTIMODELOS DE LA RENOVACIÓN SOCIALISTA. LA REVISTA
CONVERGENCIA Y LA CRISIS DEL SOCIALISMO MUNDIAL (1981-1991)**

RESUMEN

Este trabajo busca analizar la conexión existente entre la renovación socialista chilena y la crisis de la izquierda europea en la década de los ochenta. A partir de los artículos aparecidos entre 1981 y 1991 en la revista *Convergencia*, el artículo indaga acerca de la lectura que el socialismo “renovado” hizo de los diferentes paradigmas europeos que intervinieron en su proceso de redefinición ideológica (eurocomunismo, socialdemocracia, socialismo real); y destaca cómo este sector, sin reducirse a la importación de modelos y esquemas foráneos, repensó su identidad a partir de ellos, compartiendo, en este recorrido, muchos de los dilemas que afectaban al movimiento obrero europeo occidental.

Palabras clave: *Convergencia*, renovación socialista, socialdemocracia, eurocomunismo, exilio.

ABSTRACT

This article aims to analyze the existing connection between the Chilean socialist renewal and the crisis of the European left during the eighties. Starting from the articles published between 1981 and 1991 in the journal *Convergencia*, this article explores the interpretation that “renewed” socialism made of the different European paradigms that intervened in its process of ideological redefinition (Eurocommunism, Social Democracy, Real Socialism). The article also highlights how this sector rethought its identity, without limiting themselves to the importation of foreign models, sharing in this process, many of the dilemmas that affected the western European workers movement.

Key Words: *Convergencia*, socialist renewal, Social Democracy, Eurocommunism, exhile.

Fecha de recepción: diciembre de 2012

Fecha de aceptación: marzo de 2013

* Doctor en Historia Política de la Época Contemporánea por la Università di Bologna. Investigador del Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile. Correo electrónico: alessandro.santoni@usach.cl

** Este artículo es producto del trabajo realizado en el marco del proyecto Fondecyt de iniciación n° 11110038, “La izquierda chilena y el legado político del exilio en Italia: la renovación entre Berlinguer y Craxi”. Se agradece a Fondecyt por la financiación aportada a la investigación.

INTRODUCCIÓN

Con este artículo nos proponemos indagar en un aspecto fundamental de la renovación ideológica experimentada por el socialismo chileno en los años de la dictadura militar del general Augusto Pinochet: su constante e íntima relación, durante la década de los ochenta, con los debates y los vaivenes de la izquierda mundial, sobre todo europea. Se analizará cómo los exponentes de este sector “renovado”, desde las páginas de una de sus principales revistas teóricas, *Convergencia*, se plantearon frente a hitos y fenómenos que marcaron una etapa crítica, y bajo muchos aspectos decisiva, en la historia del movimiento obrero internacional. Nuestro propósito no es desarrollar un análisis acabado de los procesos de recepción y reelaboración ideológica estimulados por el contacto con otras tradiciones teóricas, sino más bien plantear una reflexión sobre las estrategias discursivas que permitieron al socialismo chileno reubicarse, en el plano identitario y político-ideológico, en el contexto de las grandes tendencias globales que en esta década caracterizaban a los partidos de izquierda. El *leitmotiv* de los artículos analizados, y el foco de nuestro interés, está en la autorrepresentación que los renovados hacen de la tradición autónoma y latinoamericanista del PS, puesta frente a la crisis y al intento de reforma del socialismo real, al eurocomunismo y a las tendencias presentes entre los partidos socialdemócratas europeos.

La necesidad de definirse respecto de otras experiencias de socialismo asumía una relevancia particular para la tradición partidista a la cual pertenecía la mayoría de los colaboradores de *Convergencia*, marcando una diferencia respecto de la renovación teórica operada por muchos intelectuales sin filiación política o vinculados a colectividades menos antiguas e ideológicamente más flexibles, como el MAPU.

De este modo, es preciso detenernos en el fenómeno general que se pretende analizar en las siguientes páginas: los grandes paradigmas que acompañan los procesos de definición ideológica, que cumplen con un papel que no es menor en la historia de las izquierdas. Después de todo, el interés por las experiencias de otros países, su uso frecuente como elemento de definición ideológica, la adopción de modelos y antimodelos con los que legitimar una idea de socialismo frente a otras han representado un aspecto central en la cultura internacionalista de las izquierdas del siglo XX. La misma Revolución de Octubre, al dar vida al comunismo internacional, marcó el paso desde una etapa en que las diferenciaciones entre socialismos se basaban en las disputas entre grandes vertientes teóricas, y entre sus principales fundadores (Marx-Bakunin-Bernstein), hacia una etapa en que se fundamentaban en la existencia de diferentes experiencias históricas¹. A partir de entonces, las otras fuerzas que se reconocían en el ideal, pero rechazaban las formas en que este se había encarnado en el Estado soviético, tuvieron que buscar sus argumentos en modelos alternativos: un fenómeno que alcanzó su pleno despliegue en las décadas siguientes a la Segunda

¹ Sobre la relación del comunismo chileno con su principal paradigma ideológico, la Unión Soviética, véase Alfredo Riquelme, *Rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia*, Santiago, DIBAM-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2009.

Guerra Mundial, cuando la experiencia histórica abarcó un sinnúmero de socialismos, que van desde el comunismo chino hasta el modelo socialdemócrata sueco.

Este fenómeno no se relacionó necesariamente con la adopción de otros modelos, o con la adscripción a grandes tendencias internacionales. De hecho, como es particularmente evidente en el caso del socialismo chileno, la misma reivindicación de una especificidad y autonomía nacional respecto de otros paradigmas no impidió que estos intervinieran constantemente en el proceso de su definición identitaria, de manera tal que este partido fue definiendo su propia visión de socialismo a menudo a partir de sus juicios (y perjuicios) sobre otras experiencias. La tendencia a mirar hacia afuera estuvo constantemente presente en su historia, si bien de manera compleja y multifacética. Desde su fundación, en 1933, se caracterizó por rechazar la adhesión a las dos grandes vertientes de la izquierda mundial, ambas de matriz europea, la comunista y la socialdemócrata. A la influencia del aprismo² y a la vocación latinoamericanista, acompañó, desde sus inicios, una particular simpatía hacia las *herejías* marxistas (trotskista, titoísta, maoísta) que llegaban desde afuera del continente. Luego, en los sesenta redefinió su identidad en función del ejemplo cubano, al mismo tiempo que, a causa del establecimiento de la alianza con el Partido Comunista (PC), abandonó su tradicional actitud de rechazo al modelo soviético³. En los años de la dictadura militar, las nuevas modalidades de inserción internacional generadas por el exilio de muchos dirigentes de la izquierda chilena pesaron de manera considerable en su elaboración política, interactuando constantemente con los análisis que esta hacía, desde el interior y desde el exterior, de la situación nacional. Las relaciones de cercanía que en este contexto se establecieron con los principales partidos de los países anfitriones y con las correspondientes redes internacionales desempeñaron un papel fundamental. En un primer momento, la ubicación de la cúpula dirigente del PS en Alemania oriental marcó el ulterior acercamiento al modelo de socialismo del este europeo, con la paulatina imposición de concepciones típicamente marxista-leninistas en la elaboración y en la vida interna del partido. Al mismo tiempo, en el marco de la movilización internacional contra el régimen pinochetista, este mismo grupo dirigente intensificó también sus relaciones con las fuerzas de la Internacional Socialista, pese a que este contacto suscitaba las críticas de muchos militantes y a que los mismos dirigentes insistían en marcar sus diferencias ideológicas con la socialdemocracia. En un segundo momento, estos dos mundos terminaron separando la cancha entre las dos facciones en que el partido se dividió en 1979. La facción liderada por Carlos Altamirano paulatinamente se orientó a fortalecer los lazos ya existentes con el socialismo occidental, una opción inducida también por la necesidad de tener acceso a su respaldo financiero y logístico, después de que la ruptura dejara al sector liderado por Clodomiro Almeyda con el monopolio exclusivo de la ayuda de la URSS y la RDA. Sin embargo, más allá de las razones prácticas que facilitaron este acercamiento así como de la efectiva incidencia que en la división tuvieron los

² Gabriel Salazar, *Conversaciones con Carlos Altamirano. Memorias críticas*, Santiago, Random House Mondadori, 2010, 136-141.

³ Olga Ulianova, "Inserción Internacional del socialismo chileno, 1933-1973", Olga Ulianova (editora), *Redes políticas y militancias. La historia política está de vuelta*, Santiago, USACH-Ariadna, 2009, 235-284.

personalismos que dividían a sus dirigentes y la correspondiente lucha por el control de su organización, no hay que desestimar la importancia de las amplias perspectivas que el exilio abrió sobre las diferentes experiencias de socialismo en el mundo. A la posibilidad de comparar la realidad del socialismo del Este con los logros de la clase obrera en los estados del bienestar, se sumaba la de involucrarse en los intensos debates que, en aquellos años, interesaban a los partidos de izquierda de los países europeos. Todo esto modificó sensiblemente creencias y cosmovisiones, influyendo de forma considerable en la definición identitaria del socialismo chileno.

La apertura al mundo externo, lejos de resolverse en una recepción pasiva de modelos ajenos a la realidad del país y del continente⁴, incorporó al socialismo chileno como actor, a título pleno, de los procesos y debates que en los ochenta interesaban a la izquierda europea⁵. Su recorrido estuvo sujeto a las mismas inquietudes y vacilaciones que caracterizaban la crisis de identidad de esta última frente al derrumbe de sus certezas. En este recorrido, no solo los chilenos, sino que todos los principales partidos socialistas y comunistas del viejo continente no podían evitar prestar atención a las enseñanzas que venían desde las diferentes experiencias de socialismo de ambos lados de la cortina de hierro⁶. Sin embargo, como veremos, en el caso de la renovación de la izquierda chilena las prácticas discursivas de adaptación e inserción al entorno internacional siguieron pautas propias, por la presencia de una constante tensión discursiva entre lo “europeo” y lo “latinoamericano”, particularmente evidente en el caso de la revista *Convergencia*.

Es ahora preciso hacer algunas consideraciones preliminares sobre el objeto de nuestro interés, considerando que esta revista tiene su especificidad en el marco del más amplio proceso de renovación. Bajo la dirección de Pío García, *Convergencia* se había publicado originariamente en México, uno de los países de mayor activismo político del exilio chileno, entre 1981 y 1983⁷. Luego había retomado sus publicaciones en Chile en 1986 siempre bajo la dirección de García, acompañando la etapa de la transición democrática hasta 1991⁸. Una de las características principales de la revista residía en su fuerte vocación latinoamericanista, la que expresaba un elemento identitario central del PS, aún más pronunciado en el caso del núcleo exiliado en

⁴ Sobre la dimensión interna de la Renovación y sobre el papel destacado que en esta desempeñaron los intelectuales vinculados al MAPU, véase Cristina Moyano, *El MAPU durante la dictadura. Saberes y prácticas políticas para una microhistoria de la Renovación socialista en Chile, 1973-1989*, Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2010.

⁵ Un análisis del fenómeno, centrado en otra importante publicación opositora, lo aporta Paulina Orrego, *Los reflejos de un espejo: Chile y el mundo, entre los años 1976 y 1989, a través de la revista APSJ*, Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2002.

⁶ Después de todo, la misma Unidad Popular se había convertido, unos años antes, en objeto de su atención y reflexión. Para el caso italiano, véase Alessandro Santoni, *El comunismo italiano y la vía chilena. Los orígenes de un mito político*, Santiago, RIL, 2011.

⁷ Véase Claudia Rojas, “La Casa de Chile en México, 1973-1993”, José del Pozo (coordinador), *Exiliados, emigrados y retornados. Chilenos en América y Europa, 1973 a 2004*, Santiago, RIL, 2006, 107-126; Alejandro Witker (compilador), *Salvador Allende y la solidaridad mundial con Chile. Voces-Imágenes-Documentos*, Ciudad de México, Instituto Politécnico Nacional, 1990.

⁸ Como veremos más adelante, este lapso corresponde a una fase de transición entre dos etapas diferentes, en lo que concierne a la situación chilena y al mismo cuadro internacional.

México⁹. Esta vocación no solo rescataba uno de los rasgos originales del socialismo chileno, sino que apelaba a un recurso de legitimación importante, si se considera la persistencia, en su seno, de sentimientos de recelo hacia lo europeo o *européizante*. Sin embargo, ya en el primer período de publicación de los numerosos artículos dedicados a los países del continente, casi ninguno es obra de chilenos, sino de intelectuales y militantes bolivianos, salvadoreños o argentinos, a menudo compañeros de exilio. En cambio, los artículos dedicados al panorama europeo eran los que llevaban la autoría de los chilenos, a la vez que eran los que más se entrecruzaban con su reflexión teórica¹⁰. Lo que es interesante es cómo la dicotomía Europa-Latinoamérica a menudo subyace a la lectura de modelos y experiencias del viejo continente, convirtiendo esta revista en un objeto de análisis extremadamente interesante para la comprensión de las modalidades con que la Renovación se acercaba al universo de la izquierda europea. En este sentido, podríamos decir que *Convergencia* manifestaba con particular fuerza algunos aspectos relevantes de la cultura socialista chilena.

Otra consideración tiene que ver con el carácter de palestra de reflexión de la revista. Según lo que indicaba el mismo nombre, su misión era la de construir un espacio de diálogo para los diferentes sectores de la diáspora socialista que, reconociéndose en el legado histórico y en la auténtica tradición del partido, se mostraban interesados en su reagrupación y renovación. A lo largo de diez años, muchos de los principales exponentes del socialismo “renovado” participaron de sus organismos directivos o dejaron sus escritos en sus páginas. Sin embargo, la revista no representaba una posición oficial, sino que más bien daba voz a un amplio pluralismo de opiniones y perspectivas que convergían en el proceso, entre ellas las de socialistas que no pertenecían, en estricto rigor, al campo de los “renovados”, así como otras que, siendo parte integrante de este campo, provenían de tradiciones externas al tronco histórico. Esta polifonía, lejos de ser un inconveniente para el análisis, habla por sí misma de las tendencias que se estaban desarrollando, del diálogo entre ellas, de los matices y contradicciones del proceso. En este sentido, es muy representativa de las complejidades del proceso renovador, así como del pluralismo que hasta el día de hoy es un rasgo constitutivo del socialismo chileno.

LA CRÍTICA DEL SOCIALISMO REAL Y EL EUROCOMUNISMO

Al analizar el primer período de la revista, coincidente con la etapa del exilio, es posible observar la coexistencia, y la constante interacción, llena de tensiones, de diferentes paradigmas que, directamente o indirectamente, aportaban material de reflexión a la elaboración de los socialistas chilenos. Se pueden identificar cuatro

⁹ Véase Cristina Moyano, “Diálogos entre el exilio y el interior. Reflexiones en torno a la circulación de ideas en el proceso de renovación socialista, 1973-1990”, *Revista Izquierdas* 9, Santiago, abril de 2011, 3146.

¹⁰ A partir de 1986, las dos áreas geográficas serán tratadas con la misma frecuencia. Esto parece reflejar la mayor influencia de sectores que habían pasado su exilio en Europa, así como, tal vez, el aporte de otras tradiciones partidistas (MAPU, MAPU-OC e Izquierda Cristiana) que en esta etapa estaban en proceso de confluir al nuevo PS.

tipos, que en aquellos años animaban al mismo debate europeo sobre el futuro de la izquierda y que se situaban en un ideal eje por el cual se movía el mismo proceso renovador. En un extremo el socialismo real, encarnado por los regímenes del Este, el elemento *ajeno* que, durante el exilio y la clandestinidad, habría contaminado al auténtico socialismo chileno¹¹. En el otro extremo, la socialdemocracia, el antiguo paradigma “negativo” del socialismo chileno, ahora objeto de una paulatina y relativa rehabilitación. En el medio del camino, dos modelos distintos entre sí. Por una parte el eurocomunismo que, inspirando las primeras reflexiones sobre democracia y pluralismo, había indicado una vía de escape desde el interior del universo del marxismo-leninismo. Por otra parte, la reivindicación (más que la concreta experiencia) de un socialismo democrático alternativo a los paradigmas dominantes, que abogaba por un cambio estructural, acompañado de vocaciones libertarias y autogestionarias: el *tipo* en que se reconocían importantes sectores de la vertiente socialista “histórica” de la Renovación, permitiéndoles mantener sus credenciales revolucionarias y marcar su autonomía.

En esta sección abordaremos el caso de los dos modelos comunistas, el oriental y el occidental. En la siguiente, el de la socialdemocracia. En ambos aparecerá el cuarto paradigma, presentado en una posición de contraste o de convergencia con los otros.

Como es sabido, la Renovación fue marcada de manera decisiva por la toma de distancia respecto del modelo de socialismo representado por los países del este europeo. Si bien no es este el lugar para evaluar la incidencia de otros factores, relacionados con las luchas entre facciones por el control de la organización en el quiebre que el PS experimenta en 1979, se puede destacar que en cierta medida estos se entrecruzaban con diferentes concepciones de lo que tenía que ser este partido, las que, a su vez, reflejaban diferentes posiciones respecto de la experiencia del socialismo en Europa oriental. Los almeydistas adoptaron la propuesta de transformar el PS en una organización de tipo marxista-leninista, basada en el principio del centralismo democrático. Una propuesta que había sido adelantada por sectores del interior en el famoso documento de marzo de 1974 y que, en el contexto del exilio, se veía beneficiada por la colocación del grupo dirigente en la Alemania oriental, donde gozaba de la hospitalidad del Partido Socialista Unificado de Erich Honecker. A esta línea, los “renovados” contraponían un modelo pluralista, que consideraban en continuidad con la tradición del partido¹². A estas diferencias se sobrepusieron análisis críticos del socialismo real, que algunos de los dirigentes socialistas, en el contacto cotidiano con esta realidad, desarrollaron personalmente, alimentándose además del debate que interesaba a sectores del mismo movimiento comunista internacional y de las reflexiones que interesaban a otros sectores de la izquierda chilena. Se trataba de un proceso que, sin embargo, necesitaba definirse en torno a un hito catalizador, que marcara

¹¹ Para los renovados este proceso no aplicaba a las opciones filocastristas indicadas en el Congreso de Chillán de 1967, ni a los años de la secretaría de Altamirano o al papel del partido durante el gobierno de Allende, sino que a las posiciones de sus contrincantes almeydistas.

¹² Véase Edison Ortiz González, *El socialismo chileno de Allende a Bachelet (1973-2005)*, Santiago, Alerce Talleres Gráficos, 2007, 231-247.

abiertamente una toma de distancia respecto de este modelo de socialismo. Este hito fue la situación vivida en aquellos años por Polonia. En este país, el surgimiento del sindicato autónomo *Solidarność*, fundado en agosto de 1980 por los trabajadores de los astilleros de Gdańsk, en un contexto de grave crisis económica, estaba haciendo cada vez más patentes las dificultades del partido gobernante, el Partido Obrero Unificado Polaco, para mantener su control sobre la sociedad civil¹³. Como señala Ignacio Walker, estos acontecimientos sirvieron al socialismo chileno para “adquirir una conciencia más cabal” acerca de la naturaleza autoritaria del socialismo real:

“Sería interminable la referencia al sinnúmero de declaraciones y artículos que escribió la izquierda chilena sobre la crisis polaca. Desde distintas esferas del exilio (no solo europeo como hemos visto) y del ‘interior’, va surgiendo una conciencia más cabal acerca de las serias limitaciones existentes al interior de los ‘socialismos reales’, muchas de las cuales emergen con singular fuerza y elocuencia a propósito de los acontecimientos en Polonia”¹⁴.

En las páginas de *Convergencia*, el interés para esta situación encontraba lugar en una serie de artículos que, por su autoría, pueden ser considerados la expresión de posiciones compartidas por el grupo editor y que daban cuenta, de reflejo, de las posiciones desde las cuales avanzaba la crítica a este modelo, que correspondían justamente al cuarto tipo antes mencionado. Por ejemplo, Marcelo Schilling, fundador y miembro del consejo de redacción de la revista, reflexionaba sobre las contradicciones que afectaban a regímenes que, planteándose la realización de una sociedad socialista, habían terminado perpetuando la división entre una casta de gobernantes y las masas de gobernados. Recurría a la trayectoria del movimiento obrero en la patria de origen de Rosa Luxemburgo, destacando sus autónomas tradiciones nacionales, que se habían expresado, en el transcurso de la historia, al interior del mismo Partido Comunista, donde habían chocado reiteradamente con el proceso de homologación impulsado por Moscú. Luego planteaba la posibilidad de que el proceso en acto pudiera abrir paso a una alternativa democrática, que se mantuviera en el marco del socialismo:

“Polonia hoy, representa la primera posibilidad seria desde que las masas son partícipes y protagonistas de ella, y desde que se proponen restablecer el control social sobre el poder y los medios de producción de superar este tipo de sociedades, cuya transitoriedad, así como su supuesta tendencia intrínseca a la autoeliminación, es cada vez más dudosa”¹⁵.

¹³ Sobre la formación de *Solidarność* y sus antecedentes en los movimientos de protesta polacos de las décadas anteriores, véase Maryjane Osa, *Solidarity And Contention. Networks Of Polish Opposition*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2003.

¹⁴ Ignacio Walker, *Socialismo y democracia: Chile y Europa en perspectiva comparada*, Santiago, Cieplan-Hachette, 1990, 186-187. Según este autor, el PS-Altamirano fue muy afectado por la crisis polaca, también porque “numerosos dirigentes de nivel intermedio del partido –algunos de ellos dirigentes sindicales– se encontraban exiliados en Polonia y asumieron como propia la demanda del Movimiento Solidaridad por una mayor democratización. Ellos participaron activamente en dicho movimiento e incluso, en algunos casos, debieron hacer abandono del país siendo recibidos por Suecia”.

¹⁵ Marcelo Schilling, “La Comuna de Polonia: ¿Revolución en la revolución?”, *Convergencia* 2, Ciudad de México, mayo-julio de 1981, 19-27.

Después del golpe del 13 de diciembre de 1981, con el cual el general Jaruzelski había proclamado la instauración de la ley marcial, disolviendo Solidarność y haciendo encarcelar a su líder Lech Wałęsa, la revista publicó una declaración de solidaridad, auspiciada por el Centro de Estudios Socialistas Eugenio González y suscrita a título personal por un grupo de militantes del PS, que concluía con el eslogan ¡Viva Polonia socialista! Esta lamentaba el duro golpe que los militares polacos habían dado a un proceso que había alentado las esperanzas de todos los partidarios de un “socialismo como expresión genuina del poder obrero, por esencia democrático y participativo”¹⁶. Al igual que el artículo de Schilling, este texto reconocía en el proceso polaco la existencia de algunos elementos que se consideraban parte importante de la autorrepresentación “renovada” de la auténtica cultura socialista chilena: la valoración de la autonomía de las tradiciones nacionales, el rechazo de las lógicas de los bloques y la perspectiva de un socialismo cuya esencia democrática habría de traducirse en la creación de nuevos instrumentos de participación popular en la toma de decisiones. Sobre todo el segundo y el tercero de estos elementos separaban la cancha no solo respecto del comunismo, sino también de la socialdemocracia, igualmente burocrática e igualmente contaminada por la lógica de los bloques.

El golpe polaco fue también la ocasión para una de las pocas apariciones, en las páginas de *Convergencia*, del comunismo italiano, que había inspirado los primeros atisbos de revisión ideológica de la izquierda chilena y las primeras reflexiones críticas sobre el socialismo real¹⁷. Comentando el golpe, Schilling había usado una sentencia que recalca, casi literalmente, el juicio expresado en aquellos días por el secretario general del Partido Comunista Italiano (PCI), Enrico Berlinguer, respecto del agotamiento de la “capacidad propulsiva” de las sociedades del este europeo: “un modelo social se agotó en su dinámica y [...] ya no se presta para abrir paso armónicamente dentro de sí al progreso económico, social, político y cultural de la humanidad”¹⁸. La referencia a las posiciones del PCI era evidente y explícita: a pie de página la revista reproducía citas de la *Pravda* y de *L’Unità*, el órgano oficial del PCI, que ilustraban la controversia sobre el papel del partido guía, el dogmatismo, la democracia y el pluralismo que el golpe polaco había vuelto a abrir, con más fuerza que antes, entre este partido y el PCUS¹⁹.

Sin embargo, llama la atención que esta fuese una de las pocas referencias al eurocomunismo en las páginas de la revista. Es muy probable que ello se debiera sobre

¹⁶ “Nuestra solidaridad con el pueblo polaco”, *Convergencia* 5-6, Ciudad de México, noviembre de 1981-enero de 1982, 29-30.

¹⁷ Véase Walker, *op. cit.*, 183-184.

¹⁸ Marcelo Schilling, “Adiós a la cortesía”, *Convergencia* 5-6, Ciudad de México, noviembre de 1981-enero de 1982, 20-28. Sobre la respuesta del PCI al golpe polaco, véase Silvio Pons, *Berlinguer e la fine del comunismo*, Torino, Einaudi, 2006, 215-228.

¹⁹ “Polonia: la controversia PCUS-PCI”, *Convergencia* 5-6, Ciudad de México, noviembre de 1981-enero de 1982, 24-27. Esta referencia también se insertaba en la polémica con otros sectores no renovados de la izquierda chilena. En la página 23 aparecía un artículo de José Miguel Insulza (“¿Polonia como Chile?”), que se refería a una intervención de Luis Corvalán en la revista soviética *Tiempos Nuevos*, donde el secretario general del PC defendía el golpe polaco, afirmando que este país se encontraba frente a una amenaza contrarrevolucionaria parecida a la de Chile en 1973.

todo a su pérdida de actualidad, habiéndose agotado la fase en que, a mitad de la década anterior, parecía abrirse el camino a una alianza de partidos comunistas occidentales, basada en la reivindicación de un modelo alternativo al del este europeo. Además, los principales representantes de esta vertiente estaban políticamente en retirada en sus respectivos países. El PCF y el PCE estaban conociendo un duro declive electoral, que les había costado sus antiguas posiciones de fuerza en la izquierda a toda ventaja de los socialistas. El PCI luchaba por no encontrarse en la misma situación que sus camaradas españoles y franceses. Ya se había cerrado la fase abierta por la propuesta del “compromiso histórico” con la Democracia Cristiana, que Berlinguer había enunciado en 1973 a partir de un análisis del golpe chileno, propuesta que había provocado, según las palabras de Jorge Arrate y Eduardo Rojas, un profundo impacto “sobre la estremecida conciencia política de la izquierda chilena exiliada”²⁰. A comienzos de los ochenta, ya terminada con muchas decepciones la época de la “solidaridad nacional” que a fines de la década anterior lo había llevado a integrar la mayoría del gobierno, el PCI se encontraba relegado a la oposición y seriamente afectado por la ofensiva política e ideológica del Partido Socialista de Bettino Craxi, interesado en repetir en Italia lo que Felipe González y Mitterrand ya habían logrado en España y Francia.

También, habría que tomar en cuenta los matices existentes al interior del heterogéneo mundo de la Renovación respecto del caso italiano, más allá de las omnipresentes referencias a la obra teórica de Antonio Gramsci y de la valoración positiva de la crítica eurocomunista al socialismo real. Al margen de casos como el de Arrate, quien en diferentes instancias ha insistido en la importancia de la política del PCI para el proceso renovador, es cierto que su principal canal de recepción había sido externo al tronco histórico²¹. Por otra parte, la reivindicación de la especificidad del socialismo chileno tenía como corolario su diversidad, incluso respecto del eurocomunismo, poco propenso a poner énfasis en la democracia participativa y no exento de algunas taras del marxismo-leninismo respecto de la concepción del partido. Sobre este punto, es bastante significativo que los dos seminarios que se realizaron en Ariccia en marzo de 1979 y enero de 1980 considerados el punto de arranque de la Renovación no tuvieran como patrocinador oficial al PCI o a los socialistas de Craxi, sino al senador Lelio Basso, importante figura de la izquierda independiente italiana, fallecido poco antes de que se realizara la iniciativa. Ya desde su convocatoria esta se presentaba como parte del compromiso más general de Basso para crear un socialismo de clase, revolucionario y democrático, autónomo de los bloques y alternativo a la socialdemocracia y al comunismo, incluso en su versión “euro”²².

²⁰ Jorge Arrate y Eduardo Rojas, *Memoria de la izquierda chilena*, Santiago, Ediciones B, 2003, II:267-269.

²¹ Es significativo que, en sus memorias, Altamirano precisaba que fueron “los Viera-Gallo y los Insulza, que vivieron su exilio en Roma, (quienes) estrecharon relaciones con la izquierda italiana renovada”. Salazar, *op. cit.*, 177.

²² A este respecto, véase *Una propuesta para el área socialista chilena*, Roma, Lega per i diritti e la liberazione dei popoli, 1980 (Fondazione Lelio e Lisli Basso-ISSOCO, Sezione Internazionale, Diritti dei popoli, Sezione VI: 343, Cile, UA 28, documento n. 810). Allí, Raúl Ampuero recordaba que los socialis-

La existencia de diferentes matices sobre el caso del comunismo italiano (y sobre las diferentes posiciones existentes en la izquierda de este país) se reflejaba en las páginas de la revista. En 1988, *Convergencia* reproducía algunos de los artículos más significativos de la amplia polémica respecto de Gramsci, del pluralismo y de la teoría marxista de la democracia y del Estado, que a la mitad de los setenta había enfrentado el PCI a las críticas de Norberto Bobbio y otros intelectuales de área liberal-socialista. Concluía la panorámica sobre este debate un ensayo de Basso, en el cual se criticaba la política del PCI en materia de democracia, justamente por limitarse a aceptar en lo sustancial el concepto de democracia burguesa enarbolado por sus mismos críticos²³.

¿SOCIALDEMOCRACIA?

Al mismo tiempo, la apertura hacia el universo de la socialdemocracia era visible, pero lenta y relativa, enfrentándose con resistencias y reticencias consolidadas. Después de todo, la desconfianza hacia la IS y, por lo general, hacia todo lo “europeo” occidental, había prevalecido hasta 1973 en el PS, pese a las simpatías que este mundo le había brindado al gobierno de Salvador Allende²⁴. Según Ignacio Walker, “el socialismo chileno nunca había mirado seriamente a las experiencias del socialismo europeo, como no fuese para denunciar su carácter meramente reformista y socialdemócrata, en términos claramente peyorativos”²⁵. Diez años después, existía una apertura de crédito, si bien con importantes matices, como se desprendía de la publicación de dos artículos sobre la IS en el número 3-4 (agosto-octubre de 1981) de la revista. Estos no involucraban a socialistas chilenos; uno era firmado por el radical Carlos Morales, cuyo partido ya era miembro de la organización, y el otro por el académico alemán Klaus Meschkat, exponente intelectual del 68 berlinés y fundador de los verdes²⁶. Estos artículos presentaban visiones netamente diferentes de las pers-

tas chilenos, “muchos antes de las tesis formuladas por Togliatti en *Nuovi Argomenti*”, habían planteado la autonomía y especificidad de las vías nacionales al socialismo y rechazado “cualquier patrón único o modelo universal” (*ibid.*, 11). En su entrevista con Salazar, el mismo Altamirano destaca cómo fueron la renovación del PCI y su distanciamiento de la URSS, las que acercaron “a ese partido a nuestras posiciones tradicionales” (del PS chileno). Salazar, *op. cit.*, 177.

²³ Lelio Basso, “Democracia y socialismo en Europa occidental”, *Convergencia* 14, Santiago, noviembre de 1988, 57-66. En los números anteriores aparecían el artículo de Norberto Bobbio (“¿Qué alternativas a la democracia representativa?”), en el número 12, y los ensayos de dos intelectuales vinculados al PCI, Massimo Boffa (“Las duras réplicas de la historia”) y Valentino Gerratana (“Cuando la democracia es subversiva”), en el número 13. Sobre la influencia eurocomunista en las posiciones de aquellos intelectuales de la “Renovación” que rescataron el aspecto procedimental de la democracia de tipo liberal, véase Cecilia N. Lesgart, “El tránsito teórico de la izquierda intelectual en el Cono Sur de América Latina. ¿Reforma moral e intelectual o liberalismo político?”, *Revista Internacional de Filosofía Política* 16, México DF-Barcelona-Madrid, diciembre de 2000, 19-41.

²⁴ Sobre la IS y Chile, véase Olga Ulianova, “Relaciones internacionales y redefiniciones en el socialismo chileno, 1973-1979”, *Revista Izquierdas* 4, Santiago, agosto de 2009, 1-30.

²⁵ Walker, *op. cit.*, 181.

²⁶ Ambos originariamente presentados en el coloquio *La IS: una propuesta en un mundo en crisis*,

pectivas que las relaciones con la IS abrían a los partidos socialistas de América Latina. Meschkat alertaba a los socialistas latinoamericanos sobre las contradicciones que existían entre el conservadurismo de la socialdemocracia alemana (SPD) como partido de gobierno, sus vinculaciones con los intereses del capitalismo nacional y sus implicancias para la política exterior “antiimperialista” de la IS. En particular, sin negar el aporte positivo de la acción de solidaridad, el autor denunciaba el peligro de que este tipo de influencia pudiera llevar a sus beneficiarios a la asimilación de un estilo político *buocratizante* y cupular. En cambio, Morales valoraba la política latinoamericana de la IS, su respaldo a la lucha contra las dictaduras de la región, a los procesos de resistencia al imperialismo y a experiencias como la del gobierno de Salvador Allende y de la Revolución sandinista. Para él, la reciente victoria de Mitterrand y los avances electorales de otros partidos socialistas en Europa abrían nuevas perspectivas para América Latina y el Caribe: “Es que avanza la Internacional Socialista y por ende el socialismo democrático; su teoría política se proyecta como ideología viable, fundamentalmente para los países del llamado Tercer Mundo”.

Sin embargo, señalaba que esta teoría no habría coincidido con “una supuesta, inexistente y fantasmal socialdemocracia”, como testimoniaban los principios establecidos en Frankfurt en 1951, centrados en el binomio libertad-socialismo pero también en la condena del capitalismo y en la aspiración a transformaciones sociales profundas.

La publicación de estos dos artículos parece reflejar, indirectamente, la diversidad de opiniones existentes, respecto del socialismo europeo, entre los mismos socialistas chilenos. La colaboración con la familia de partidos miembros de la Internacional Socialista y la valoración de su acción solidaria no se traducían automáticamente en una rehabilitación ideológica de la socialdemocracia. Sobre todo los sectores “históricos” insistían en sus diferencias con el programa político de muchas de sus contrapartes europeas, pese a que empezaban a valorar muchos de los logros del Estado del bienestar en el ámbito de la seguridad social y de los derechos de los trabajadores. Una actitud que fundamentaban en la existencia, en América Latina, de condiciones socioeconómicas distintas de las que caracterizaban a Europa, y que acompañaban con la reivindicación de la tradición revolucionaria del socialismo chileno, así como de una forma de marxismo “renovado”²⁷.

organizado por la UNAM: Carlos Morales Abarzúa, “La Internacional Socialista en América Latina y el Caribe”, *Convergencia* 3-4, Ciudad de México, agosto-octubre de 1981, 11-18; Klaus Meschkat, “La socialdemocracia y América Latina”, *Convergencia* 3-4, Ciudad de México, agosto-octubre de 1981, 19-23.

²⁷ Véase Walker, *op. cit.*, 181-197. La reivindicación de un marxismo “no ortodoxo, sin complejos y renovado” era uno de los aspectos centrales de las actas finales de los dos encuentros que habían reunido a varios representantes de la “renovación” en Chantilly, en septiembre de 1982 y 1983. Cabe hacer notar que estos encuentros fueron promocionados por el Instituto para el Nuevo Chile (INC) y la Asociación para el Estudio de la Realidad Chilena (ASER-Chile), dos entidades que se beneficiaron del respaldo de fuerzas pertenecientes a la IS (los socialistas holandeses en el caso del INC y el del PS francés en el caso de ASER). Por otra parte, según el testimonio de uno de los participantes del encuentro, Eduardo Ortiz, quien también fue constante colaborador de *Convergencia*, justamente en Chantilly se gestionaron, a través de Régis Debray y de Patricio Valenzuela, las ayudas acordadas por Mitterrand y su partido a las actividades de los socialistas chilenos en el interior. Entrevista a Eduardo Ortiz, Santiago, 30 de noviembre de 2012.

En realidad, este universo “socialdemócrata”, al mirarlo desde la cercanía establecida por el exilio, se les presentaba como más heterogéneo que antes de 1973²⁸. La identificación entre partidos socialistas europeos y la práctica socialdemócrata era por lo menos problemática. Es cierto que la gran mayoría de ellos, cuando estuvieron en posiciones de gobierno, se dedicaron con buenos resultados a la gestión del modelo de capitalismo del Welfare State (compartiéndola con sus contrincantes conservadores o demócratacristianos), sin embargo, pocos habían acompañado esta praxis con una revisión ideológica análoga a la que había experimentado la SPD alemana en el Congreso de Bad Godesberg de 1959. Dentro de estos partidos seguían presentes tendencias que planteaban el retorno a una línea anticapitalista y aspiraciones de transformación social que se hacían sentir en las tesis de sus Congresos, sobre todo cuando estos se encontraban en la oposición²⁹. Se trataba de un fenómeno que se manifestó con particular fuerza en aquellos años, tanto que podríamos decir que en esta fase los socialistas chilenos compartieron con algunos de sus pares europeos las últimas ilusiones sobre las perspectivas del socialismo. Este dualismo ideológico de los partidos miembros de la IS se reflejaba en el anterior enamoramiento por la experiencia allendista, a la vez que desempeñaba un papel importante en la apertura de los chilenos hacia un universo que antes habían ignorado y menospreciado, justificándolo a partir de la reactivación de un lenguaje de izquierda que interesaba a sectores de esta familia. Al respecto, destacan en *Convergencia* algunos artículos dedicados específicamente a aquellas experiencias y planteamientos que, en la familia del socialismo europeo, pretendían relanzar estas perspectivas.

El número 2 de la revista (mayo-julio 1981) se abría con un editorial que comentaba la victoria de François Mitterrand en las recientes elecciones presidenciales

²⁸ Bajo muchos aspectos, la misma acción solidaria de la Internacional Socialista (IS) con Chile y América Latina reflejaba la complejidad existente al interior de esta vertiente. La asimilabilidad del caso chileno a la tradición política europea facilitó la extensión a él de la experiencia madurada en los procesos de transición en España y Portugal, donde la IS y sus miembros habían afinado su capacidad de influir en las orientaciones y en el fortalecimiento de los respectivos partidos socialistas, ayudándolos a ganar el espacio de la izquierda a los comunistas y facilitando la creación de una democracia de tipo liberal. Por otra parte, la política de la IS hacia América Latina mostraba la otra cara del socialismo europeo, al disociarse de la línea seguida por EE.UU. y al ofrecer su respaldo a las causas antidictatoriales y antiimperialistas de fuerzas que bien representaban el latinoamericanismo nacional-popular presente en la tradición del PS de Chile. Sobre la acción de la IS en América Latina, con particular énfasis en la situación centroamericana, véase el reciente trabajo de Fernando Pedrosa, *La otra izquierda. La socialdemocracia en América Latina*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2012. Este trabajo tiene el mérito de destacar la interrelación, al interior de la IS, de diferentes estrategias hacia América Latina, a razón de la existencia de diferentes enfoques e intereses entre sus partidos miembros y sus principales líderes (en particular entre su presidente Willy Brandt y su secretario general, el sueco Bernt Carlsson, pero también entre el mismo Brandt y Mitterrand). Al respecto véase también Tilman Evers, “La socialdemocracia Europea en América Latina. Un análisis histórico con particular referencia al caso de Alemania”, Menno Vellinga (coord.), *Democracia y política en América Latina*, México DF, Siglo XXI, 1993, 45-98. Como destaca este último autor, “no puede hablarse de una o ‘la’ política latinoamericana de la IS. La organización funciona más bien como un techo común bajo el cual los diferentes partidos desarrollan con holgada autonomía sus respectivas políticas nacionales, coincidentes en algunos aspectos, pero matizados y hasta conflictivos en otros” (*ibid.*, 47).

²⁹ Sobre la evolución de estos partidos, véase Donald Sassoon, *Cien años de Socialismo*, Barcelona, Edhasa, 2001 [*One Hundred Years of Socialism*, New York, The New Press, 1996].

francesas. Este acontecimiento dominaba las páginas del número, en las cuales aparecían entrevistas con el sociólogo Alain Joxe y con el director de cine Costa-Gavras, además de un breve ensayo histórico dedicado al gran dirigente socialista Jean Jaurés y al héroe de la resistencia Jean Moulin³⁰. Sin embargo, era sobre todo el editorial el que daba cuenta de las expectativas y de las ilusiones que animaban a todo un sector del socialismo chileno frente a este triunfo. El hecho de que el programa de las izquierdas francesas contemplara un ambicioso plan de nacionalizaciones permitía marcar una diferencia respecto de la socialdemocracia y legitimar la experiencia francesa. El editorial destacaba que si bien en el programa del nuevo gobierno francés no se planteaba la creación del socialismo, sí entrañaba “un cauce de desarrollo político, profundamente alentado por la historia y la decisión del pueblo francés, que a su vez excede el carácter tradicional de los partidos socialdemócratas en Europa”³¹. Al mismo tiempo, el editorial consideraba este triunfo “un hecho de la mayor importancia y de considerable trascendencia para América Latina”, no solo porque el nuevo gobierno francés prometía abrirse a perspectivas de cooperación solidaria con el sur del mundo, sino también porque constituía, según los autores del artículo, una gran reversión de tendencia a escala mundial:

“Su triunfo se contrapone al curso reaccionario que ha tendido a imponerse durante los últimos años en los principales países capitalistas, representado en particular por la elección de Reagan, el gobierno de Margaret Thatcher y el del propio Giscard d’Estaing. Es una derrota de la política económica al servicio exclusivo del gran capital financiero transnacional, ocurrida en el centro mismo de Europa. Es una derrota, todavía más, de toda una concepción de la vida y la sociedad, de la cultura y la política nacional e internacional, represiva, de acentuación de las diferencias y postergación de las mayorías; a la extensión de cuya influencia en los centros imperialistas se debe que el régimen de Pinochet haya podido proclamar que ya no estaba tan solo en el mundo”³².

Esta esperanza seguía enmarcándose en la tradicional actitud de la confianza en el futuro y en la inevitabilidad del progreso que caracterizó a la cultura izquierdista durante más de un siglo. Lo relevante es destacar cuáles eran a esta altura las fuerzas que habrían animado este proceso. El editorial hablaba de una “creciente variedad de formas y direcciones que asume el desarrollo de la realidad política contemporánea, distante de toda pretendida reducción a esquemas de bipolaridad”, de la cual eran expresión el nuevo gobierno francés, así como el “poderoso movimiento de renovación del socialismo llamado real” que se activaba en Polonia, la revolución sandinista y

³⁰ “Costa Gavras: En Francia triunfó la unidad” (entrevista, por Ximena Ortúzar), *Convergencia* 2, Ciudad de México, mayo-julio de 1981, 3-7; Belarmino Elgueta, “En el camino de Jaurés y Moulin”, *Convergencia* 2, Ciudad de México, mayo-julio de 1981, 8-12; “Alain Joxe: Francia, una cierta civilización de izquierda” (entrevista por Jorge Bernetti y Pío García), *Convergencia* 2, Ciudad de México, mayo-julio de 1981, 13-18.

³¹ Una ilusión que estaba destinada a durar poco, como lo demostró el drástico cambio de dirección experimentado por la política económica de este gobierno ya desde 1983.

³² En la misma línea se expresaba el editorial de *APSI*: “Mitterrand presidente”, *APSI* 99, Santiago, 19 de mayo-1 de junio de 1981, 1; citado en Orrego, *op. cit.*, 245-247.

el fortalecimiento del “poder popular” en Cuba, con que el régimen de La Habana se estaba dando un toque de democracia participativa. A esta tendencia se adscribía, finalmente, este sector del socialismo chileno:

“La creciente complejidad en la relación mundial de fuerzas y su diversidad de formas políticas, que el triunfo de Mitterrand refuerza singularmente, constituye así, de modo particular, un factor de estímulo y reafirmación para las fuerzas partidarias de una concepción autónoma del socialismo con las que se identifica CONVERGENCIA”³³.

Otro ejemplo del interés por las tendencias que se manifestaban en los partidos socialistas europeos aparecía en el número 5-6, que dedicaba nada menos que ocho páginas a una entrevista al líder de la izquierda laborista británica Tony Benn. Luego de la derrota en las elecciones de 1979, el Labour Party, que tradicionalmente era el partido obrero menos ideológico de Europa, estaba pasando por una etapa crítica de su historia, que había conducido al crecimiento del poder de la izquierda interna, así como a una radicalización del lenguaje y del programa partidista³⁴. Los autores de la entrevista se referían de manera muy crítica al anterior desempeño del laborismo en el gobierno la “experiencia nefasta de administrar el capitalismo benefactor de la posguerra” y elogiaban a Benn, para el cual no había que versar lágrimas sobre la crisis de lo que fue un punto firme de la sociedad británica de la posguerra:

“Tony Benn es la figura que más ha unificado a la auténtica izquierda en toda la historia del laborismo británico. Ha hecho más que nadie en la izquierda para hacer patente que el capitalismo benefactor de la post guerra está agotado por falta de base material que lo alimente; y que, además, el esfuerzo inútil del laborismo por acomodarse a aquella empresa ha socavado las bases morales y políticas de la clase obrera”³⁵.

Para el dirigente laborista, a la arremetida neoliberal de Thatcher que en la época estaba todavía en su fase gestatoria era preciso responder con un programa auténticamente socialista, basado en una estrategia económica alternativa (Alternative Economic Strategy, AES), que extendiera la propiedad pública y los servicios de bienestar, a la vez que creara un sistema de planificación “descentralizado y democrático” que potenciara las instancias de control y de administración de las industrias por parte de la clase obrera.

³³ “Realidad mundial y socialismo”, *Convergencia* 2, Ciudad de México, mayo-julio de 1981, 1.

³⁴ Así como en el caso francés, esta página estaba destinada a cerrarse con un fracaso y, en los años siguientes, el partido volvió a apuntar el timón hacia el centro. Un giro que se hizo necesario después de que la desastrosa derrota electoral de 1983 perfilara el posible desplazamiento del Labour como segunda fuerza del país, por parte de la coalición entre los liberales y el nuevo partido socialdemócrata. Este último, definido por Benn como un “nuevo partido conservador”, había surgido en aquellos años de una escisión interna al laborismo. Véase Sassoon, *op. cit.*, 755-771.

³⁵ “Tony Benn, líder del laborismo británico: Se habla de libertad en Polonia, pero se oprime en El Salvador” (entrevista, por Raimundo Elgueta y Fernando Ruz), *Convergencia* 5-6, Ciudad de México, noviembre de 1981-enero de 1982, 3-10. Véase también Atilio Borón, “El fantasma de Keynes”, *Convergencia* 5-6, Ciudad de México, noviembre de 1981-enero de 1982, 5.

Esta aspiración a la extensión del poder de dirección de los mismos obreros sobre las industrias en que trabajaban afluía, bajo diferentes versiones, en los programas de varios sectores del socialismo europeo. En algunos casos, como el de la cogestión alemana, se combinaba sin dramas con la socialdemocracia y el Estado del bienestar. En otros casos el fenómeno más bien había marcado, por lo menos en sus comienzos, la tentativa de ir más allá del capitalismo, revitalizando una antigua tradición del movimiento obrero y acercándose al antiestatismo y antiburocratismo de la “nueva izquierda”. En Francia, las ideas autogestionarias habían inspirado el activismo obrero de fines de los 60 e inicios de los 70, habían ocupado una posición central en los programas del PSU (Parti Socialiste Unifié) de Michel Rocard y del sindicato CFDT (Confédération Française Démocratique du Travail) y también habían logrado incidir, parcialmente, en los programas del nuevo Partido Socialista liderado por Mitterrand³⁶. La misma tendencia era visible en este tronco del socialismo renovado. Como hemos visto, las expectativas que había proyectado en la experiencia polaca se basaban en la idea de que allí pudiera producirse una democratización del socialismo real, que abriera el paso a un “socialismo como expresión genuina del poder obrero, por esencia democrático y participativo”. Se miraba a una democracia de tipo participativo, a un potenciamiento de las instituciones de la sociedad civil, que redujera la separación entre gobernados y gobernantes y, sobre todo, a la ampliación del poder obrero en la fábrica misma³⁷.

En las páginas de *Convergencia*, Oscar Weiss también miembro del consejo de redacción reivindicaba abiertamente la autogestión como camino para la construcción del socialismo latinoamericano³⁸. Para él, esta era una alternativa no solo a las dictaduras militares, sino también a la democracia burguesa y a “los modelos supuestamente revolucionarios en que el partido único, o sea, una burocracia tecnócrata, sustituye a la clase obrera y al resto del pueblo”. Para este fin, proponía reflexionar sobre la concreta experiencia yugoslava (para él, los yugoslavos habían sido “tal vez, los que primero comprendieron que no puede haber socialismo sin democracia”), que él mismo había alabado décadas antes, cuando, de regreso de una visita a este país junto a Aniceto Rodríguez, había publicado el libro *Amanecer en Belgrado*.

Si bien es cierto que el antiguo dirigente socialista no podía considerarse un “renovado” en sentido estricto, su artículo era muy interesante, también por ser —en nuestra opinión— indicativo de algunos rasgos de la cultura socialista chilena y de las tensiones a las cuales estaba sujeta en este momento. Nos referimos a la relación bastante compleja con lo “europeo”, y en particular con lo “europeo occidental”, que caracterizaba su análisis. Weiss asociaba orgullosamente la perspectiva autogestionaria a la especificidad regional de América Latina, por la existencia de ciertas semejanzas

³⁶ Sobre el PS francés, véase Bernard E. Brown, *Socialism of a different kind: reshaping the left in France*, Westport, Conn., Greenwood, 1982; Pierre Favier y Michel Martin-Roland, *La décennie Mitterrand*, París, Seuil, 1990; Jacques Kergoat, *Histoire du parti socialiste*, París, La Découverte, 1997.

³⁷ En la Renovación esta tendencia se combinaba, por supuesto, con la paulatina aceptación de las libertades burguesas y de los mecanismos de la democracia liberal.

³⁸ Oscar Weiss, “Representación política y autogestión”, *Convergencia* 7-8, Ciudad de México, enero de 1983, 11-14. Véase también Eduardo Ortiz, “El modelo de desarrollo de autogestión: la experiencia yugoslava”, *Temas Socialistas* 2, Santiago, 1984, 103-114.

entre las condiciones de atraso que caracterizaban la realidad del subcontinente y la de Yugoslavia a comienzos de este experimento, y por los límites de la democracia burguesa, que en los países latinoamericanos eran evidentes “con mayor claridad aún que en las democracias occidentales”. Por el contrario, manifestaba su escepticismo respecto de la existencia de las perspectivas autogestionarias en la Europa capitalista:

“Conviene precisar que la autogestión solo puede aplicarse en su integridad cuando el régimen económico se basa en la propiedad social, es decir cuando los medios de producción pertenecen a todos los que trabajan. La autogestión propuesta en el contexto capitalista como se ha intentado en Francia no modifica las condiciones del sistema imperante y las relaciones de propiedad correspondientes llegando a asumir, como máximo, formas de cooperativismo clásico que siempre caen en los viejos moldes tradicionales de la propiedad burguesa”.

Sin embargo, en otras partes del artículo el autor subrayaba abiertamente la existencia de elementos de sintonía con la izquierda de esta parte del mundo, destacando cómo la reconciliación entre socialismo y democracia y la solución del problema de la relación entre gobernados y gobernantes era un problema que interesaba a las fuerzas de ambos lados de la cortina y del océano, aún más en una época en la cual se abría la posibilidad de una victoria electoral de la izquierda, con fines de transformación social, como fue el caso de Chile y como “podría ser el de Francia, de Italia u otros países”:

“Ahí está la raíz de las corrientes eurocomunistas, de los reajustes políticos de la Internacional Socialista, de la impetuosa crítica que se extiende por la entraña del campo socialista y de la experiencia autogestionaria surgida, inicialmente, en Yugoslavia, proseguida ahora en otros países socialistas”.

De esta manera, la reivindicación orgullosa de la alteridad del socialismo chileno y latinoamericano iba de la mano con el interés que suscitaba para la evolución de la izquierda europea. Se pensaba a la Renovación como parte de un proceso de escala mundial, reflejado en una serie de procesos novedosos que interesaban a ambas vertientes históricas del movimiento obrero del viejo continente y que podríamos definir como “tercera fuerza”: una perspectiva que, más tarde, servirá para justificar la misma decisión de ingresar a la familia de la Internacional Socialista, junto a los comunistas europeos “reformados”.

LA REFORMA DEL SOCIALISMO REAL

La revista volvió a publicarse en Chile en 1986, después de que el gobierno militar, a partir de 1984, empezara a autorizar de forma paulatina y selectiva el retorno de grupos de exiliados. A estas alturas, el baricentro de la política de oposición definitivamente se había desplazado al interior del país. Desde 1983, una ola de protestas sociales había manifestado la creciente disconformidad de gran parte de la sociedad civil con las prácticas represivas y las recetas socioeconómicas del régimen. Los par-

tidos ahora entraban en el juego, tratando de canalizar el descontento. El PC, aliado con el MIR y los almeydistas, había asumido la consigna de usar “todas las formas de lucha” para derrocar a la dictadura, lo que contemplaba incluso la organización de la lucha armada. Mientras tanto, el socialismo renovado se estaba reorganizando, con la fundación de un partido conocido en un comienzo como PS-Briones y desde 1986 como PS-Núñez en que estaban confluyendo también elementos de origen externo al socialismo histórico, provenientes de otras agrupaciones. Gran parte del grupo dirigente del MAPU-OC ya en 1985 había aceptado ser parte de la nueva colectividad, un camino seguido, en los años siguientes, por muchos de sus pares del MAPU y de la Izquierda Cristiana. Este nuevo PS había resuelto integrar, junto con la DC, la coalición de la Alianza Democrática, que se proponía seguir con una estrategia de recuperación democrática alternativa a la línea confrontacional indicada por el PS-Almeyda, el PC y el MIR. La crisis de esta última, entre otras cosas a raíz del fracaso del atentado contra el mismo Pinochet, llevado a cabo por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez en septiembre de 1986, sancionaba la afirmación de la estrategia de oposición moderada y abría el camino a un dificultoso proceso de transición a la democracia por vía pactada, con base en la Constitución aprobada por la misma dictadura en 1980.

La serie chilena de la revista se prolongó hasta 1991, acompañando los hitos decisivos del proceso de transición, tales como el plebiscito de 1988, que puso término al gobierno dictatorial de Pinochet, y las elecciones de 1989, que llevaron al demócrata cristiano Patricio Aylwin a la presidencia del país. Esta fase, bajo muchos aspectos, reflejaba una nueva realidad para el socialismo chileno, donde se hacía muy importante el aporte de sectores ex MAPU, mientras primaba la exigencia de reconstituir y fortalecer el nexo entre una Renovación que en el caso del socialismo histórico había dado sus primeros pasos teóricos lejos de Chile y una realidad nacional que había sido afectada por profundos cambios culturales y socioeconómicos. Si bien esta situación se reflejaba en una mayor propensión a centrarse en asuntos locales, se mantenía vigente una constante atención al cuadro internacional que, en este mismo período, estaba sacudido por cambios que marcaron época, sobre todo en el bloque comunista. En la Unión Soviética, el nuevo secretario general del Partido Comunista (PCUS), Mijaíl Gorbachov, había inaugurado un proceso renovador que, en el nombre de la reestructuración económica (Perestroika) y de la transparencia (Glásnost), había alentado las últimas ilusiones de una reforma del comunismo. Pronto este proceso habría hecho patente la crisis y la degeneración del sistema, llevando al colapso de los regímenes satélites, en 1989, y a la disolución de la misma URSS, dos años más tarde. Sin embargo, durante unos años había alentado la esperanza de que el socialismo real se pudiera reformar y reconciliar con la democracia y el pluralismo.

El nuevo curso soviético no podía dejar indiferente a la izquierda renovada chilena, suscitando numerosas reflexiones en la prensa y en los trabajos teóricos de este sector³⁹. En las páginas de *Convergencia*, la situación que se estaba viviendo en la

³⁹ Para una panorámica del debate chileno sobre el nuevo curso soviético, véase Eduardo Ortiz (editor), *La Perestroika: debate en Chile*, Santiago, Ediciones BAT-Instituto para el Nuevo Chile-CERC-VECTOR, 1989.

URSS y en su esfera de influencia era objeto de numerosos análisis, donde prevalecía la percepción de una situación abierta, cuyos resultados eran difíciles de prever. La mayoría de los artículos focalizaba la atención en los cambios que la Perestroika estaba produciendo en la vida cotidiana de los ciudadanos, describiendo las tensiones y contradicciones que ellos engendraban. También, este conjunto de textos analizaba aciertos y desaciertos del proceso, los límites entre los cuales avanzaban las reformas, todo esto evitando pronósticos sobre sus resultados y consecuencias⁴⁰. Un enfoque que, por sí mismo, daba cuenta de la importancia que lo “social” y los problemas de la hegemonía habían asumido en la reflexión de estos años. Las expectativas y los sentimientos que la Perestroika generaba variaban de caso en caso. Por ejemplo, en 1987, Schilling expresaba abiertamente su escepticismo sobre los reformadores del PCUS, pues consideraba que ellos eran la expresión del mismo sistema de poder que supuestamente buscaban transformar:

“Lo que sí se puede anticipar es que la ‘vía más amplia a un progreso ulterior’, particularmente en el sentido de la democratización [de la URSS] sigue dependiendo en lo fundamental de los Belotserkovski, de los Pliutch y de los Sajarov, más que de los actuales hombres en el poder, aunque estos ya hayan hecho suyo el programa de la primavera de Praga”⁴¹.

Sin embargo, en la mayoría de los casos, se hacía presente la esperanza de que el comunismo del Este pudiera reconciliarse con los principios de la democracia y de la libertad, aportando así al mismo desarrollo del socialismo mundial. En un artículo sobre la primavera de Praga, Eduardo Ortiz dejaba abierta la puerta a la posibilidad de que “los vientos de cambio que soplan desde más allá del Ural” puedan volver a replantear la posibilidad de realizar las reformas anunciadas por Dubcek veinte años antes. La modernización y la reforma del socialismo, una tarea inalcanzable por un solo país, habrían podido implementarse con la “comprensión y colaboración de los otros países del llamado socialismo real”. Es decir, la misma Unión Soviética habría podido facilitar el cambio en sus satélites⁴².

Es interesante notar cómo a estas alturas se estaba produciendo un parcial deslice paradigmático entre comunismo y socialismo criollo. Mientras el segundo manifestaba su interés (si bien con cierto escepticismo) por la perspectiva de una reforma en la patria del socialismo real, el primero, atrapado en la crisis de su “política de rebelión popular”, se mostraba poco preparado y poco interesado, más allá de unas pocas declaraciones circunstanciales de solidaridad con los líderes del PCUS⁴³. En mayo de

⁴⁰ Hugo Calderón, “URSS: La marcha de la reforma”, *Convergencia* 13, Santiago, julio de 1988, 59-61; Eduardo Ortiz, “URSS: una memoria profundamente alterada”, *Convergencia* 14, Santiago, noviembre de 1988, 54-56; Alejandro Witker, “Gorbachov, socialismo y religión” *Convergencia* 15, Santiago, mayo de 1989, 51-52; Eduardo Ortiz, “Perestroika y vida cotidiana”, *Convergencia* 16, Santiago, octubre-diciembre de 1989, 55-56. En el número 11 la revista publicaba una entrevista a Charles Bettelheim y Bernard Chavance, “URSS: la planificación realmente existente” (entrevista, por J.M. Fenet, P. Giami y J. Jaulin), *Convergencia* 11, Santiago, abril-junio de 1987, 64-67.

⁴¹ Marcelo Schilling, “¿Dónde va la URSS?”, *Convergencia* 11, Santiago, abril-junio de 1987, 95-98.

⁴² Eduardo Ortiz, “Regreso a Praga”, *Convergencia* 11, Santiago, abril-junio de 1987, 97.

⁴³ Sobre la respuesta del comunismo chileno a la Perestroika y a la crisis del sistema soviético, así

1989, *Convergencia* publicaba un artículo de Tomás Moulian, quien intervenía en el debate abierto por el XV Congreso del PC, para auspiciar la evolución de este partido en materia de democracia, así como su integración al sistema político emergente:

“La relación histórica casi permanente entre política y guerra es una evidencia, pero no es el ideal político para los que quieren contribuir a hacer más habitable esta tierra y esta sociedad concreta. Ello requiere una perspectiva de superación del capitalismo, pero también una perspectiva pacifista, de tolerancia social, de sensibilidad ecológica. ¿Cómo absorber la diversidad manteniendo el conflicto y ampliando la igualdad y la libertad? Las citas de autoridad deberían sobrar. Sin embargo el contexto obliga a recordar que esta es la inmensa tarea que hoy día enfrenta Gorbachov”⁴⁴.

El PCCh, superando las diferencias en el pasado, se “reconciliaba” con el régimen cubano, que ahora se presentaba como el último bastión de la ortodoxia⁴⁵, impermeable a los vientos de reforma que venían del Este. En cambio el socialismo chileno, un tiempo fervoroso admirador de Fidel, tomaba distancia, si bien con mucha reticencia. En *Convergencia*, la ausencia casi total de artículos sobre la isla de la Revolución era muestra emblemática del desencantamiento con este modelo y, al mismo tiempo, de la dificultad de asimilarlo a la crítica dirigida al socialismo real de Europa del Este, debido a la persistencia de un vínculo afectivo consolidado (y, tal vez, de la centralidad que su mito asumía en el imaginario latinoamericanista). Desde las páginas de la revista, quien se encargó de remover este último gran tabú era José Miguel Insulza, quien en octubre-diciembre de 1989 comentaba el espectacular proceso al general Arnaldo Ochoa y a los otros oficiales del ejército cubano, acusados por el régimen de narcotráfico y alta traición, que terminó con la condena y la ejecución de los acusados. Insulza analizaba los retrasos del régimen castrista en materias de derechos humanos, libertad y pluralismo de información, así como su falta de división de los poderes y la inexistencia del justo proceso. Todos instrumentos y valores democráticos que la Renovación había incorporado a sus herramientas ideológicas. Sus conclusiones eran tajantes: “aquella revolución cubana que tanto hemos admirado y amado se quedó anclada en la historia: los que hemos evolucionado somos nosotros”⁴⁶.

EL “ENCUENTRO HISTÓRICO DEL SOCIALISMO MUNDIAL”

La dimensión internacional seguía presente, en esta etapa del socialismo chileno, también en otro aspecto importante: la problemática de su inserción internacional, que volvía a plantearse justo en el contexto de crisis y derrumbe del socialismo real.

como sobre la imbricación de estos procesos con las tensiones que se desencadenaron al interior de este partido, véase Riquelme, *op. cit.*, 199-286.

⁴⁴ Tomás Moulian, “Un debate necesario”, *Convergencia* 15, Santiago, mayo de 1989, 21-22.

⁴⁵ Riquelme, *op. cit.*, 166-167.

⁴⁶ José Miguel Insulza, “Cuba: el espejo del pasado”, *Convergencia* 16, Santiago, octubre-diciembre de 1989, 52-54.

Una problemática que no se podría reconducir a una visión simplista, que contraponía los “renovados” filosocialdemócratas o filoeurocomunistas a los “ortodoxos” filsoviéticos. El tema tocaba un punto sensible de la cultura del partido y no faltaban voces que, apelando a los principios de sus fundadores, insistían en valorar una tradición de alteridad y autonomía que se contraponía a las grandes tendencias dominantes a escala mundial. Ya en la fase previa a la ruptura del partido, los contactos que se habían establecido en el exilio con la Internacional Socialista habían sido objeto de polémicas y recriminaciones, sobre todo por parte de sectores del interior⁴⁷. La cuestión dividía todavía al mismo socialismo renovado en los ochenta, época en que, como destacaban Arrate y Rojas, “los sentimientos de defensa de la identidad socialista [seguían] vivos, mientras las fuerzas políticas de izquierda en todo el mundo [enfrentaban] aires de renovación”⁴⁸.

En el número 14 de la revista, Raúl Ampuero, volviendo sobre las tesis de los seminarios de Ariccia de los cuales él mismo había sido el organizador, en calidad de encargado del Departamento Latinoamericano de la Liga por los Derechos y la Liberación de los Pueblos, recordaba cómo aquel pluralismo que constituía uno de los rasgos específicos de la tradición partidista, desde un comienzo, tuviera límites bien marcados por el rechazo de los dos grandes paradigmas dominantes. Por esta razón, denunciaba la que le parecía una tendencia a abdicar de estos principios fundacionales, que acomunaba al socialismo almeydista con ciertos sectores de los mismos renovados:

“En el curso de su existencia de medio siglo [el PS] adquirió un perfil excepcionalmente nítido, admitiendo una amplia y a veces áspera confrontación de opiniones, pero rechazando sin términos medios tanto las concepciones social-demócratas como las del marxismo-leninismo de la tradición estaliniana. Como concesión al pluralismo hay quienes intentan introducir y legitimar en su interior esas tendencias, ensamblándolas artificialmente con un pasado que las rechazó siempre o con un proyecto de renovación que desnaturalizaría su presencia política”⁴⁹.

La problemática asumió una nueva dimensión cuando, después de la elección de Arrate como secretario general, el partido decidió, en su XXV Congreso de junio de 1989, solicitar su incorporación como miembro consultivo a la Internacional Socialista. Esta decisión implicaba faltar a uno de los principios constitutivos del partido; representaba un paso histórico, que generó debates y polémicas en el transcurso del mismo Congreso, tanto que su implementación quedó momentáneamente *congelada*, para no afectar la tarea principal de la nueva mesa directiva, o sea, el proceso de reunificación con el sector almeydista. Este último, entre 1987 y 1989, paulatinamente había tomado distancia de la línea rupturista para asociarse a la estrategia diseñada

⁴⁷ Véase Ulianova, “Relaciones internacionales y redefiniciones en el socialismo chileno, 1973-1979”, *op. cit.*, 18.

⁴⁸ Arrate y Rojas, *op. cit.*, 420.

⁴⁹ Raúl Ampuero, “Mensaje y vigencia de las tesis de Ariccia”, *Convergencia* 14, Santiago, noviembre de 1988, 36-39.

por el sector renovado en asociación con la DC⁵⁰. Un cambio impulsado por la evolución de la situación política nacional, que demostraba la inviabilidad de las opciones seguidas hasta entonces, no era completamente ajeno a lo que estaba pasando en los países del este europeo, sus anfitriones y principales patrocinadores en los años del exilio.

En vísperas de la unificación, sancionada en noviembre de 1990 con el Congreso de Unidad Salvador Allende, el ex MAPU-OC José Miguel Insulza solicitaba, en las páginas de la revista, una decisión rápida a favor de la adhesión. Muy significativa era la justificación que él daba para esta perspectiva, es decir, la importancia de “participar del encuentro histórico del socialismo mundial” que, después de la caída del Muro, se estaba orientando según el autor hacia su reunificación, producto del proceso de revisión que estaba interesando a los partidos comunistas del Este y del Oeste, así como de la renovación de los socialistas europeos:

“el esfuerzo sistemático y serio por renovar los programas y el pensamiento socialista, a fin de descartar definitivamente los rasgos autoritarios que caracterizaron a una de sus vertientes [...] alcanza no solo a los partidos antiguos y nuevos de Europa Oriental (y en alguna medida al propio Partido Comunista de la URSS, PCUS), sino también a los más importantes partidos europeos-occidentales, comenzando por el PC italiano. Al mismo tiempo, también los partidos socialistas occidentales están en proceso de revisión para ajustar su política a la cambiante realidad y, sobre todo, para buscar puntos de contacto que refuercen las nuevas tendencias libertarias, renovadoras y unitarias del socialismo. Por último, también en América Latina los partidos socialistas realizan un esfuerzo simultáneo por recuperar su historia y renovar su política, a la luz de la nueva realidad de la región”.

El supuesto de la argumentación era que, superada la división generada por la Revolución de Octubre, la IS “se consolidaría como el principal foro del socialismo mundial”, abarcando una pluralidad más amplia de experiencias bajo el mínimo común denominador socialismo-democracia⁵¹. En el mismo espíritu, este número de *Convergencia* relatava la reunión que, con ocasión del lanzamiento de la revista *El socialismo del futuro*, había congregado en Madrid, el 22 de marzo de 1990, a muchos líderes de los partidos socialistas europeos junto con el consejero de Gorbachov, Vladimir Zagladin, y con el secretario general del PCI ya en camino hacia el cambio de identidad que lo transformó en PDS Achille Occhetto⁵². La apertura a la Internacional Socialista no se traducían en una aceptación de la socialdemocracia como ideología y como programa, sino que se combinaba con las expectativas de que el cambio en el Este rescataría una versión democrática del socialismo que pudiera abrir paso a una nueva fase, convergiendo con la familia del socialismo occidental, en la cual se destacaba la existencia de supuestas tendencias “libertarias”. Este enfoque salvaba el carácter autónomo del socialismo latinoamericano, permitiéndole a su

⁵⁰ Véase Ortiz González, *op. cit.*, 330-336.

⁵¹ José Miguel Insulza, “Participar del encuentro histórico del socialismo mundial”, *Convergencia* 18, Santiago, mayo-junio de 1990, 21-22.

⁵² Ernesto Benado, “El socialismo del futuro”, *Convergencia* 18, Santiago, mayo-junio de 1990, 61-62.

vez dialogar con Europa, en línea con lo planteado unos años antes por Jorge Arrate en *La fuerza democrática de la idea socialista*:

“Es una fuerza que debe necesariamente buscar una articulación con expresiones socialistas europeas con mucha mayor flexibilidad que en el pasado, considerando las modificaciones en curso en el espectro socialista mundial. Las dos principales de los últimos años ya han sido anotadas: la redefinición socialdemócrata de 1976 y su proyección hacia América Latina, y las tendencias autonomistas y no alineadas del movimiento comunista”⁵³.

En el marco de la campaña por la secretaría, el mismo Arrate había manifestado una “visión profundamente optimista sobre el futuro del socialismo en el mundo”, afirmando ver una crisis “reconstructora” donde según sus críticos neoliberales y conservadores había una crisis terminal. Él anclaba la renovación del socialismo chileno en la tradición histórica del partido, en los principios fundacionales de 1933 y en las ideas del propio Salvador Allende (ideas que “hoy día están conmoviendo al mundo”). Al mismo tiempo, veía esta renovación como parte de un proceso que facilitaba el desarrollo de un gran debate sobre socialismo y democracia en los mismos países comunistas, y reivindicaba el carácter pionero que había cumplido la experiencia chilena a este respecto. Como era habitual en el caso de este dirigente, hacía también referencia a las posiciones del PCI:

“Abran ustedes el diario y encontrarán a un Partido Comunista Italiano en un proceso singularísimo de evolución, el más interesante e importante partido comunista del mundo que se está planteando hoy día la reconstrucción de la unidad perdida del movimiento obrero internacional, concretamente está considerando su acercamiento y eventualmente su ingreso a la Internacional Socialista”⁵⁴.

Una apuesta la de una reunificación de las grandes vertientes del socialismo en el seno de la IS que resonaba en las mencionadas argumentaciones de Insulza para la adhesión del PS a esta organización. Una apuesta que, en ambos casos, parecía representar la búsqueda de un camino algo “triumfalista”, para lidiar con problemas de difícil colocación internacional y preservar la especificidad no socialdemócrata de los respectivos procesos de revisión ideológica y programática.

CONCLUSIONES: EL SOCIALISMO CHILENO ENTRE EUROPA Y AMÉRICA LATINA

El socialismo chileno “renovado” no imitó como se le ha criticado a menudo experiencias de origen foráneo, pero sí repensó su misma identidad a partir de ellas. El *tipo* de socialismo democrático planteado por este sector se articulaba con su

⁵³ Jorge Arrate, *La fuerza democrática de la idea socialista*, Santiago-Barcelona, Las Ediciones del Ornitorrinco-Documentas, 1985, 27.

⁵⁴ Jorge Arrate y Erich Schnake, “El socialismo que postulamos”, *Convergencia* 15, Santiago, mayo de 1989, 13-17.

histórica vocación latinoamericanista, en la medida en que presentaba una alternativa a tipos específicamente europeos, tales como la socialdemocracia, el socialismo real y el eurocomunismo. Sin embargo, las razones de esta alteridad y especificidad eran más identitarias y emocionales que ideológicas. Muchos de sus planteamientos (como el énfasis en la dimensión participativa y autogestionaria) podían encontrarse en sectores de la misma izquierda europea, y la pretensión de su mayor viabilidad en las condiciones socioeconómicas latinoamericanas estaba por demostrar. Esta reivindicación, más que traducirse en la búsqueda de un modelo de socialismo regional, permitía discutir los temas europeos, manteniendo una cierta distancia y evitando las previsibles imputaciones de colonialismo cultural⁵⁵. Al mismo tiempo, parecía apelar a una dimensión simbólica, al mirar hacia el resto de América Latina a partir de la tradicional idea de un destino compartido, que aunaba a la comunidad imaginada de los países hermanos, reforzada en aquel entonces por la existencia del mal común de las dictaduras militares (que justificaba el particular énfasis sobre la democracia). Pero la discusión sobre el socialismo se desarrollaba en otras latitudes y, para los chilenos, ya era imposible evitarla. Más que discutir sobre el carácter importado de la Renovación, sería útil focalizar la atención sobre las formas de la recepción que esta hacía de los procesos históricos globales de la época. El interés para dichos procesos tenía razones que no respondían a puros cálculos de conveniencia y que eran ineludibles para toda fuerza socialista en el mundo.

En realidad, existen muchos paralelismos (e influencias recíprocas) entre el recorrido que en estos años cumplió el socialismo chileno y el de importantes sectores de la izquierda europea. Su constante reivindicación de un socialismo democrático pero no socialdemócrata encontraba sus análogos y contrapartes en este mundo, en tendencias que se manifestaban al interior de partidos “socialdemócratas”, como el PS francés y el laborismo británico, constituyendo para los chilenos un argumento a favor del acercamiento a la IS. También, la posibilidad de una *tercera vía entre comunismo y socialdemocracia*⁵⁶ mostraba elementos de consonancia con los planteamientos adoptados por el PCI en los ochenta, cuando ya se había hecho patente la inviabilidad del eurocomunismo, como estrategia y como alianza de partidos. *A posteriori*, podemos decir que estos planteamientos se encontraban en la tierra de nadie que separaba los dos grandes modelos, un terreno por sí mismo poco firme, en el cual pocas fuerzas de izquierda habían logrado prosperar en la segunda mitad del siglo XX⁵⁷. Al mismo tiempo, podemos decir que los socialistas chilenos, al igual que muchos de sus interlocutores europeos, estaban viviendo las últimas ilusiones respecto del estado de salud del “socialismo”, en un contexto que anunciaba una crisis más profunda. Estaban produciéndose cambios a escala global que socavaban

⁵⁵ De extremo interés, sobre la relación compleja de la izquierda latinoamericana con lo “europeo”, son las reflexiones de Jorge Arrate, “El socialismo autónomo sudamericano: sus antagonismos y convergencias con Europa”, *Nueva Sociedad* 72, Caracas, julio-agosto de 1984, 95-106.

⁵⁶ Véase Alex E. Fernández Jilberto y Kees Biekart, “Europa y la socialdemocratización política en América Latina: la renovación ideológica de la izquierda en Chile”, *Revista CIDOB d’Afers Internacionals* 20, Barcelona, 1991, 20.

⁵⁷ Véase Pons, *op. cit.*

las bases incluso del modelo (y del consenso) socialdemócrata que había dominado durante tres décadas la política europea. El proceso de globalización y la imposición del evangelio neoliberal estaban conduciendo a la retirada del modelo de Estado del bienestar, en cuyo marco se había desarrollado el programa mínimo de gran parte de los partidos socialistas en el gobierno. Las izquierdas europeas, lejos de relanzar su apuesta para el socialismo, se tuvieron que adaptar a las nuevas leyes de los mercados internacionales, defendiendo lo que se podía del Estado social, en el nombre de un nuevo revisionismo “minimalista”. Los socialistas chilenos, por su parte, tuvieron que ir aún más lejos, encargándose de la tarea de gestionar el modelo socioeconómico de corte ultraneoliberal heredado por la dictadura.